

CUENCA TORIBIO, José Manuel. *Iglesia y cultura en la España del s. XX*, editorial Actas, Madrid, 2012, 519 pp.

El profesor Cuenca Toribio -nombre indispensable al hablar de la historiografía eclesíástica española de la Edad Contemporánea-, acaba de dar a la imprenta su libro *Iglesia y cultura en la España del s. XX*, una obra de madurez en la que el autor hace un recorrido por las relaciones entre la cultura elitista, laica y moderna, imperante en toda la centuria, surgida en las esferas de los ambientes católicos-eclesiásticos y seculares y en la que se mantiene un hilo conductor: que el influjo en la cultura de la Iglesia en ese siglo fue escaso e incluso mediocre. Este libro, del que su autor dice que es aquel “cuya redacción más se ha ajustado a su deseo”, examina todos los frentes de la acción cultural de la Iglesia: docencia escolar y en universidades católicas, periódicos y revistas, investigación filosófica e histórica, congresos, convenios, así como el aporte individual de figuras señeras en el panorama católico del momento. Con este libro, Cuenca sigue la estela de otros historiadores españoles, con Cárcel Ortí a la cabeza, Andrés-Gallego o Pazos, que en los últimos años han completado la historia de la Iglesia española en la contemporaneidad.

Comienzan las más de 500 páginas de las que se compone esta obra con un capítulo dedicado a la Iglesia española a principios del siglo XX, y toda la realidad de la cultura eclesial queda sentenciada en el título del capítulo “El desafío de la modernidad: una respuesta alicorta”. Cuenca narra con detenimiento casi todos los derroteros de la Iglesia en aquella época. Analiza las figuras eclesíásticas del momento y se detiene con especial hincapié en la labor cultural desarrollada, que como él mismo afirma “careció de la altura que de modo indeficiente se otorga por sus apologetas”. “Grisiedad” es como llama a este periodo, pero esta palabra no debe hacer olvidar, como apunta, el mérito de algunas beneméritas congregaciones que llevaron a cabo una labor más que notable, como los agustinos o los dominicos, cuyas publicaciones quedan también reflejadas. Un capítulo aparte podían suponer los jesuitas, a los que dedica una parte importante, y que le sirven de enlace para centrarse en la educación religiosa a principios de la centuria, no sólo para los estudiantes laicos, sino también las enseñanzas en los seminarios, gracias a la labor pedagógica de Domingo y Sol, fundador de los Operarios Diocesanos.

En relación directa con lo anterior está el siguiente tema que trata Cuenca en su libro, que no es otro que la contribución de la Asociación Nacional de Propagandistas y el Opus Dei a la cultura española. Con la ACNP surge en nuestro país, en palabras de Cuenca “la cultura española de cochura confesional más receptiva a su marco histórico y más consciente de su valor legitimador, como también de la función social de la inteligencia”. Inspirada en la obra de Balmes y de Menéndez y Pelayo, la labor de esta asociación no tuvo parangón ni se pareció a ninguna otra creada con anterioridad: Desde la puesta en marcha de la *Biblioteca Pax* a la labor educativa de la universidad San Pablo CEU, pasando por un sinfín de iniciativas culturales, fueron los frutos de la asociación y de la incansable labor de Ángel Herrera Oria, *alma mater* de la misma y director del diario católico *El Debate* entre 1911 y 1933. En este mismo denso capítulo Cuenca habla del Opus Dei, de su fundador “obsesionado por barrer cualquier presencia del fondo ancestral agrario de la civilización hispana”, pero se detiene más en la obra de la Obra,

es decir, en la labor editorial y cultural de los hombres próximos al Opus Dei. Cuenca ve en el CSIC, sucesor de la venerable Junta para la Ampliación de Estudios, la incorporación y promoción de los estudiosos adscritos al Opus Dei. El segmento humanístico, al igual que el de otras disciplinas científicas, tuvo una cosecha más que meritoria y sin solución de continuidad a lo largo de un tercio de siglo. Termina el autor haciendo un recorrido por las publicaciones próximas al Opus Dei, deteniéndose en la editorial RIALP o la *Revista de Occidente* y en la contribución que realizaron a la cultura.

La parte central del libro está dedicada a la posguerra, especialmente a la situación de las editoriales católicas durante este complejo periodo. En una sociedad imbuida por el nacional catolicismo imperante, tuvieron un gran predicamento los libros religiosos, desde los más populares con un fin de claro adoctrinamiento, hasta revistas de alto nivel teológico y eclesiástico. Cuenca se detiene en el análisis de muchas publicaciones, pero hace especial hincapié en algunas de ellas: en *Vida Nueva*, *Criterio* y *Ecclesia*. Tras este excursus sobre la cultura católica de los 50, el autor entra de lleno en el antes, el durante y el después del Concilio Vaticano II en los dos últimos capítulos del libro, incidiendo especialmente en el asunto de la libertad religiosa, que califica de “especialmente peliagudo en una España confesional en la que su episcopado cerraba filas sin fisura alguna ante la mínima sospecha de una insignificante alteración de su monolítico estatuto”.

Una parte amplia del estudio, ya la última, está dedicada a las Conversaciones Católicas de San Sebastián, en las que se hizo un encomiable esfuerzo por reanudar el vigor de la tradición cultural del País Vasco y en las que se produjeron los primeros atisbos de apertura religiosa. Termina la obra con un análisis -más somero que todo lo anterior- del tramo 1980-2000, donde “ni el catolicismo ni su expresión cultural más elevada desaparecieron de la fisonomía configurada por la España democrática y altamente secularizada de finales de la centuria”, en sus propias palabras.

La amplitud del libro hace que se mencionen en sus páginas más de un millar de personas. El índice onomástico, donde se citan casi mil quinientos nombres, sirve para dar una idea de la magnitud del estudio. Figuras de primera línea como los cardenales Gomá o Tarancón, o el periodista-sacerdote Martín Descalzo, conviven con otras menos conocidas como Jesús Iribarren o monseñor Cirarda y García Escudero o Calvo Serer. Sorprende, en cambio, que personajes de la talla de Rovirosa o Arboleya, tan relacionados con la cuestión social de Iglesia, de la que Cuenca es un gran conocedor, no sean citados.

El libro del profesor Cuenca está destinado a convertirse en una obra clásica e imprescindible tanto para el investigador como para el interesado por la Iglesia y la cultura eclesiástica en la España del siglo XX. Su contribución es importante y únicamente se echa en falta una mayor agilidad en las notas a pie de página, cuya lectura es un poco tediosa al encontrarse todas juntas al final de cada capítulo, o una mayor empatía al colocar algunos juicios de valor personales delante o detrás de los nombres propios que se mencionan. No en vano la obra es de un valor capital y, sin duda, una referencia para todas las investigaciones venideras sobre la Iglesia en la España del siglo XX.

Carlos NIETO SÁNCHEZ

Universidad Complutense de Madrid